



GREGOR VON REZZORI
**Sobre el acantilado
y otros relatos**

Sobre el acantilado y otros relatos

GREGOR VON REZZORI

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Der Schwan; Über dem Kliff; Affenhauer: 3 Novellen

Copyright: © 2005, Gregor von Rezzori
All rights reserved

Primera edición: 2014

Imagen de portada
© *Tree on the cliff edge*, SUPERB WALLPAPERS

Traducción
© JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
KADMOS

ISBN: 978-84-15601-68-5
Depósito legal: M-11786-2014

Impreso en España

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| El cisne | 11 |
| Sobre el acantilado | 75 |
| «Afanjáuer» o La prolongación del amor por otros medios | 127 |
| Epílogo a la edición en alemán | 179 |

EL CISNE

En el retraído silencio que rodeaba al muerto, suspendido allí como el aliento contenido en medio del calor estival, una enorme mosca de destellos iridiscentes enhebraba el arabesco confuso de su ferviente canto de vida con una desquiciada trayectoria que trazaba el jeroglífico de la absurda existencia en la mórbida tarde en la que, ajena y perdida, se había sumido la casa, con sus carcomidas contraventanas y sus deshilachadas cortinas de damasco, encapsulada malamente en una penumbra atemporal, alrededor del solemne centro de luz creado por las llamas de unos cirios desde los que se alzaba un humo jaboroso.

Un ancho y duro cojín de seda, cubierto con una funda de rizados encajes cuyo borde calado estaba entretejido por una cinta de color crema, empujaba la cabeza del tío Serguéi hacia delante y depositaba el mentón, con tiesa dignidad, sobre el cuello del uniforme, del que se derramaba un penacho de condecoraciones —la cascada de una cornucopia de cruces y medallas dispersas sobre la mitad izquierda del tórax y del abultado vientre— que llegaba hasta la zona cercana al hígado, donde una última y pesada estrella parpadeante pendía sobre la trenza dorada del cinto del sable, bajo cuya hebilla se plegaban, en gesto patriarcal, las manos de tahúr del tío Serguéi.

—Este perrito tan chiquitito... —dijo Tania, dejándome abierta la posibilidad de completar la segunda parte de aquel dudoso chiste que el tío Serguéi había hecho circular durante toda su vida sobre sí mismo y sobre los de su estirpe: «Este perrito tan chiquitito fue alguna vez, en Rusia, un San Bernardo».

Tania se acercó a la mesa de billar, que habían alzado con la ayuda de varios colchones y edredones y cubierto hasta el

suelo con paños de lino; una notable y casi desconcertante labor de rápida improvisación en una casa llevada por dos ancianas mujeres de la aldea. Por lo visto, estaban preparadas para una eventualidad así.

Miré de reojo a mi hermana, intentando adivinar si estaba pensando lo mismo que yo. Su perfil se dibujaba claramente en contraste con la aureola de los cirios. Con líneas delicadas, destacaba en medio del espacio sombreado situado detrás y constituía la viva encarnación de esa fraternal intimidad de nuestra infancia, ahora desligada de ella de un modo inexorable: siendo aún mi hermana Tania pero ya no el obvio complemento de mí mismo, sino una criatura autónoma, incluso opuesta a mí, una muchacha alta y esbelta en el tránsito de niña a mujer; un estado que, como bien sabía yo, aderezaba el erotismo de sátiros envejecidos y, asimismo, desafiaba la sobreexcitada sensibilidad de mi adolescencia; un estado, para mi tormento, que a ella no parecía desagradarle del todo. Llevaba el pelo como siempre, en un corte severo sobre los hombros, pero bajo su ligero vestido se dibujaban ya, nítidos —a mi juicio más que nítidos—, sus senos. Unos senos que me ponían en una situación embarazosa, porque la adoraba. Adoraba a mi hermana Tania, la «dama» de los caballerescos juegos de mi niñez, un ser asexuado como un ángel. Sin embargo, a esa joven en la que se estaba convirtiendo con desparpajo delante mis ojos, a ésa no tenía el derecho de adorarla, y debía prohibirme pensar en sus senos.

Ella, sin duda, notó mi mirada, pero no le dio mayor importancia. Algo en aquel catafalco acaparaba su atención, y Tania se inclinó hacia delante para observarlo más detenidamente:

—Sí, creo que es ése.

—¿Qué?

—El cojín de nuestro bautismo. Mamá me lo envió una vez por si acaso uno de nosotros se casaba o tenía hijos.

El tono de Tania era divertido, como si me contara una ingenuidad de nuestra madre, con cuyo poco sentido de la realidad

hubimos de acostumbrarnos a vivir. En realidad no lo había dicho como si la posibilidad de casarnos y de tener hijos —unos hijos que crecerían igual de arropados que nosotros— quedara fuera del ámbito de lo probable; lo decía como si aquello formara parte de un mundo lejano, devoto de las fábulas, de una vida tal cual nos la habíamos imaginado en la edad de nuestros juegos infantiles, no de la realidad en la que habíamos crecido. Esperé a que mi hermana añadiera: «Confío en que entierren el cojín con él», pero Tania guardó silencio y siguió observando al difunto con atención, aquel tío Serguéi cuya fiel existencia de parásito había otorgado a nuestra casa un último atisbo de avenencia familiar.

Le habían maquillado las mejillas con un color rosa rejuvenecedor, probablemente el colorete de alguna de las criadas a las que él habría cortejado con su estilo algo inquietante y a las que, en ocasiones, en su condición de mundano rival de los patanes campesinos con los que las chicas salían a bailar los domingos para liarse luego con ellos en el avellanal colindante con el muro del jardín, solía obsequiar con galanterías de tres al cuarto. El intenso rojo peonía hallaba un reflejo violáceo en su nariz, una nariz nunca bien irrigada, siempre fría, una nariz grosera, ahora estirada hacia la luz de las velas, con fosas nasales enormes como grutas, una nariz con la que, en los lejanos días vividos en el comfortable nido de la infancia, nos causaba un leve sobresalto al pegárnosla contra la piel caliente cada vez que venía a darnos las buenas noches, para insaciable deleite nuestro.

«Nariz fría, buena cría; perro sano, ¡bravo a su amo!», solía decirnos. En sus últimos años de vida rebosante, había «cultivado como un jardinero», debajo de aquella nariz, el cepillo gris de un recortado bigotito. «¿Qué queréis? No poseo ni un palmo de tierra en el que pueda satisfacer el último y sabio consejo de Cándido. Pero, por otra parte, es preciso demostrar con algo que uno se ha asentado..., es decir, que uno ha entrado por el aro y se ha vuelto vulgar». Al decirlo, su boca se estiraba en un noble mohín de satisfacción

definitiva y huera, sin esa leve pátina de sentimentalismo mitad paródico y, a veces, auténticamente frívolo del héroe de opereta, toda esa autoironía sublime y vanidosa que caracterizaba su legendario carisma, «tan seductoramente despreciable», como decía nuestra madre. A saber de qué rincón de la buhardilla habría rescatado aquel uniforme de la guardia imperial rusa, tan parecido a un ridículo disfraz, como si supiera que su capilla ardiente sería la última de sus bromas, y no precisamente de buen gusto. Aquel cuerpo pesado bajo la pechera de condecoraciones —como las condecoraciones mismas— no parecía pertenecerle. Su cara y sus manos parecían enceradas, puestas allí como las de esos visitantes de feria que meten sus cabezas por los agujeros de esos paneles pintados, usados por los fotógrafos para hacer retratos jocosos de mandarines o de audaces vaqueros pegando brincos sobre un caballo encabritado. La guerrera había cedido en las costuras, lo cual se notaba claramente en las rayas, donde la tela se había doblado sin desteñirse, donde el polvo y las polillas habían devorado los antiguos puntos de costura. Él mismo tuvo que haberlo llevado en secreto al sastre de la capital del distrito para adaptar la cintura estrecha del teniente al diámetro de su edad avanzada, y podía imaginarlo mientras bromeaba con el anémico judío que, encorvándose ceremoniosamente, con los labios fruncidos y erizados de agujas y los ojos miopes pegados a la tela, reptaba atareado a su alrededor como un enorme y laborioso insecto, con embestidas repentinas aquí o allá, en el cuello, bajo las axilas, en la espalda, en el pecho y otra vez en el cuello, trazando con tiza toda suerte de símbolos cabalísticos, con manoseos y fastidiosas maniobras en las costuras provisionales, abiertas brutalmente de pronto, como fauces, y vueltas a cerrar.

«Así es, estimado maestro sastre Wolf Bär Herschel o Hirsch Leis Bär o como se llame usted —oía decir al tío Serguéi mientras hablaba con el judío—. El hombre es como una vela de cera: cuanto más se consume su alma en el sufrimiento, tanto más grasa chorrea y se acumula en la base». Ahora, en

principio, quedaba por averiguar si había pagado al sastre aquel encargo. En cualquier caso, había dejado en orden su lamentable y escaso patrimonio y había tomado, asimismo, toda suerte de espantosas precauciones con vistas a su muerte, anotando con precisión, por ejemplo, hasta el último detalle de cómo quería ser amortajado y enterrado.

—*Chapeau!* —dije—. Al menos la puesta en escena de su último acto ha sido cuidada con esmero. —El silencio impasible de Tania me permitió ver que mi hermana, al escucharme, había notado cuán fallida me había parecido la frase desde el momento mismo en que la dije, intentando adoptar el tono esforzado y burlón de nuestro tío: como si yo, del todo insensible para captar la mordaz melancolía de su alusión al chiste del tío Serguéi sobre el perrito, intentara ahora superarla con mi burdo cinismo.

En realidad, había querido decir otra cosa: era la primera vez que el tío Serguéi nos revelaba lo muy en serio que, en el fondo, se tomaba a sí mismo. Me parecía, por lo tanto, que yo había dicho con otras palabras lo mismo que Tania había intentado decir con las suyas para «replegarse al campo de la sonrisa»; o como lo habría dicho el tío Serguéi: «El territorio de la sonrisa, no el de la opereta, por favor, que no se me entienda mal, sino la patria de aquellos melancólicos que han acabado amando la opereta». Yo no había querido evocar expresamente aquella frase, ni ninguna otra que sonara a libreto, las cuales, de hecho, formaban parte de esos parlamentos del papel que el tío Serguéi se había creado para su «despreocupada existencia de apátrida». «Despreocupada como una brizna de paja al viento: expulsada por un sople de la propia tierra, de las raíces de su linaje, de la sémola de su propio pueblo». Debí callarme, pues cada palabra dicha allí inevitablemente nos traía reverberaciones de otra cita como aquellas con las que el tío Serguéi se nos aparecía de inmediato con una transparencia lamentable: esencia del galante siempre alegre, radiante y sonriente tras su velo de lágrimas, cuya comedia sentimental aburría a cualquiera, pero al que todos

querían a pesar del despreciativo encogimiento de hombros con que acogían la farsa; el hombre de cuyos chistes la gente se reía aunque parecieran improvisados, chistes que, aunque acuñados como moneda nueva, siempre tenían un efecto soso y gastado. El tío Serguéi, al que cualquier jovencita o cuarentona escasamente atendida en sus apetencias vitales adoraba, siempre, claro está, esmerándose todas en mantenerlo a raya, probablemente debido a su afamada charlatanería, a sus costumbres picantes tan poco disimuladas... En fin, nuestro tío Serguéi, el caballero galante, irremediabilmente frívolo, con su cariño y su bondad que desarmaban; el bueno del tío Serguéi, cuya «valiente filosofía» —como solía decirse—, cuya «impecable caballerosidad eran en verdad ejemplares y respondían a todo asomo de compasión, a pesar de unas condiciones de vida verdaderamente humillantes, pesarosas, con un toque de entrañable ironía»; aunque todos, al mismo tiempo, lo despreciaran como a un parásito desvergonzado y un tahúr irresponsable.

Para bien o para mal, el muerto que ahora yacía ante nosotros ponía todo eso en entredicho de manera categórica. Aquel difunto imponía su propia verdad: una realidad que nada tenía que ver con diagnósticos, valoraciones o juicios, que sólo revelaba una existencia en su fría solemnidad. Aunque ahora la vida —y, según el criterio habitual, también quizás el alma— lo hubiera abandonado, jamás el tío Serguéi había sido tan plena y absolutamente él mismo, de forma tan patente como ahora, allí. Maquillado como un comicastro, disfrazado con el uniforme de la guardia de un imperio hacía tiempo desaparecido, dotado con las insignias de un rango que habría alcanzado si hubiera seguido en Rusia y si Rusia hubiera seguido siendo el imperio de los zares, cubierto y constelado de medallas que supuestamente le habían sido concedidas por participar, con supuestos honores, en gloriosas campañas bélicas que jamás tuvieron lugar... En fin, un impostor, si es que así lo prefieren, un timador o, en el mejor de los casos, un fantasioso, yacente ahora allí, sobre su improvisado lecho mortuario, mientras

mostraba toda su desconcertante autenticidad; siendo, sin duda alguna, todo lo que había pretendido ser. Parecía ahora mucho más viejo de lo que nos había parecido nunca, pero mantenía una expresiva autoridad: independiente en su ahora finada existencia ficticia, muy por encima de la idea que teníamos de él, de la manera en que lo juzgábamos —guiados por el amor o la burla—, cuando lo compadecíamos o lo despreciábamos o cuando nos inspiraba todos esos sentimientos juntos. Lo que en él se percibía como un «yo», por muy alejada de la realidad que estuviese su habilidad para fabular, yacía ahora allí, se revelaba del todo ante nosotros, purificado de todas las incongruencias de la historia, un mito viviente definitivamente encapsulado en un cadáver, majestuoso y lleno de misterios.

Era el primer muerto que yo veía, e intenté averiguar qué le confería aquella solemnidad. Pero el zumbido enloquecido de la mosca acaparaba toda mi atención, y tenía que esforzarme para no seguirla con los giros de la cabeza, como si ésta pendiera del hilo invisible de su vuelo desquiciado. Mientras contemplaba al tío Serguéi con ojos cada vez más distraídos, el zumbido de la mosca se me clavaba en el oído y me provocaba escozor en la nariz, me acidificaba la saliva, se fundía con el humo jabonoso de los cirios y espesaba un bochorno pegajoso que resultaba ya casi insoportable en un recinto herméticamente cubierto de paño negro. Era la voz del mundo exterior, una voz vulgar como aquel torpe comentario mío, del que ahora me avergonzaba, una voz que parecía acusarme, dejando al desnudo mi trivialidad.

Sentí entonces una impotente rabia adolescente que hizo que los brazos me colgaran de los hombros como tirados por dos plomadas, apremiándome a liberar mi rabia con algún absurdo acto de violencia. Según Tania, yo era el «bruto» de nuestros juegos infantiles, el monstruo que no blande una espada, sino una maza, caballero sin dama que eduque y controle sus maneras. Pero yo era todo eso porque ella había retirado su mano de mí, porque Tania se me había escabullido de una manera perversa y sobradamente femenina: no adentrándose

conmigo en la aventura de la vida, con el corazón palpitante, llena de sensualidad y expectativa, cavilosa y al acecho como en las horas felices de nuestra imperturbable soledad de dos, sino sabiéndolo todo de repente y no compartiéndolo conmigo, conociendo todo de la vida, también lo desconocido, que ahora llevaba consigo en su cuerpo como una posibilidad; y yo sospechaba que el poder ganado ahora por ella sobre mí con aquella pérfida jugada me dejaba expuesto a ella de manera despiadada, a ella y a todas las demás mujeres a las que amaría alguna vez, convertido para siempre en un esclavo rebelde y, en ocasiones, en el poco magnánimo amo y señor de mis futuras amantes.

En ese instante la odié. Me llenaba de una malvada satisfacción pensar que al final estaba en mi derecho, que ese muerto, encerrado en su majestuosidad repelente, nos mostraba de manera clara lo poco que nosotros, a pesar de todo el amor que sin duda nos había profesado, podíamos significar para él —lo poco que, en definitiva, cualquiera puede significar para cualquiera, lo primigeniamente abandonados e inaccesibles que permanecemos en la noche polar de nuestra soledad—; sin embargo, ello no suprimía ninguna de las humillaciones a las que el tío Serguéi se había visto expuesto durante su vida para caer bien, para ser reconocido y amado. Aquello nos mostraba que la muerte, en efecto, borraba la sujeción de la vida, pero no las miserias de una historia vital, por lo que era oportuno espantar los fantasmas en torno a ese lecho mortuorio, los mitos, las leyendas («la literatura»), gracias a todo lo cual nuestra existencia, a fin de cuentas, se sustraía a la realidad de una manera torturante. En todo caso yo, por mi parte, prefería refugiarme tras la trivialidad antes de que me asediara las falacias de las tradiciones familiares, mientras que Tania, por así decirlo, caminaba con el alma en puntitas, entregada a un flujo de sensaciones que inevitablemente habrían de proporcionarle un desfile de imágenes afectivas, un desfile que el tío Serguéi de nuestros días infantiles, tan íntimamente amado a pesar de toda su inautenticidad, encabezaría

como en una danza macabra, la de una edad desaparecida para siempre; asimismo, y de un modo inexorable, le haría cobrar conciencia de que todo aquello con lo que el tío Serguéi había ido entrelazándose —como una filigrana— en el tejido de venas de nuestra existencia, aquello con lo que continuaría existiendo entre nosotros como rasgo esencial de nosotros mismos, nacía de la conjunción de nuestro declive y de la insignificancia del tío Serguéi, de la correspondencia entre nuestro banalizado mundo infantil y su banalidad poética y sentimental, con su jocosidad de club de oficiales.

Escindido entre la rabia y los celos, evité mirar a Tania. Sabía cuál era su postura. Habría podido dibujarla, con los ojos vendados, en toda la extensión prerrafaelita de sus extremidades, en oblicuo contraste con el polvillo dorado de las líneas de las velas, como un ángel de la Anunciación, pero con su curiosidad intacta, sumida en la contemplación de la mitad superior de la cara del tío Serguéi.

El vendaje sobre su frente caía coquetamente sobre la sien derecha —el sitio donde se había disparado—, y en su inclinación elegante creaba un bello efecto compositivo, en equilibrio con la estela de condecoraciones que constelaba la parte izquierda del pecho. El apósito reciente le confería el aspecto heroico y juvenil de un cadete herido en combate, pero los pómulos maquillados, el bigote en forma de cepillo bajo la nariz helada y, sobre todo, la desproporción de unos hombros alargados por las charreteras, así como el vientre inflado bajo la suntuosidad de las medallas, le daban al conjunto un aspecto solemne y desordenado a la vez, como un ídolo guerrero abatido tras una buena borrachera. En torno a sus ojos se agolpaban los nubarrones de una tormenta de coágulos; el disparo había sacado el ojo de su cavidad derecha, y el párpado no cerraba bien; receloso, un segmento del iris brillaba con curiosidad a través de la ranura abierta y, en torno al nacimiento de la nariz, la piel se tensaba en un color azul negruzco, con un hematoma que se expandía alrededor del ojo en círculos concéntricos de color púrpura, anchos como los de la máscara

de un mapache. Y sobre todo aquello, la mosca, que, ebria de sí misma, nos obligaba a escuchar las volutas de su canto en vuelo.

—¿No podrías matar a ese bicho asqueroso? —preguntó Tania—. Ese zumbido quedará enlazado para siempre a todos los días de verano de nuestra vida. —Y añadió, frunciendo los labios—: Se convertirá en algo «literario».

Era, precisamente, lo que yo estaba pensando. Aquélla era una antigua palabra clave entre nosotros, con un significado determinado y eco evocador de múltiples cosas. Yo le seguí la corriente a mi manera y dije:

—Pues tiene su razón de ser. Tal vez estemos más emparentados con él de lo que queremos admitir.

—Sí —dijo Tania—. En eso nos hemos convertido.

—Exacto. También nosotros, ahora unos perritos pequeños, fuimos alguna vez unos San Bernardo.

Tania volvió la cabeza hacia mí con tal violencia que el pelo se le alzó de la nuca y le golpeó en plena cara antes de caer de nuevo. Conocía aquel gesto en cada una de sus fases, se lo había visto hacer desde siempre y siempre creí que le pertenecía sólo a ella, que era algo característico de mi hermana Tania y de su naturaleza despierta, siempre presta a participar sin perder su orgullo y su talante reservado. Pero por primera vez se me ocurría que podría tratarse de un gesto calculado, o por lo menos ejecutado con plena conciencia del efecto que causaba. Sólo que me resultaba demasiado familiar aquel giro obstinado de la cabeza, con la mirada clavada en mí desde unos ojos abiertos de par en par, en un rostro que se ofrecía plenamente. Sentía curiosidad por ver cómo se me mostraría ahora: si con una expresión de ira, de estupor inquisitivo, de tensa desconfianza, aunque muy bien pudiera ser un gesto de pícara alegría, de impetuosa connivencia con su hermano, antes de que la carcajada rompiera entre nosotros en una de esas descargas adictivas que nos afectaban de vez en cuando, como en un arrebató de locura, nuestra manera de «ensuciar el propio nido», como lo llamábamos más tarde al hablar de

ello. Era una risotada fraterna, forzosa e irrefrenable, desatada, quizás, por alguna nadería, por un pequeño motivo cualquiera, gestada en el instante, cuando el ambiente se fragmentaba como en una súbita deflagración. Era la liberación involuntaria y violenta de tensiones que se habían vuelto insoportables en el entorno familiar, con su carga explosiva acumulada. Era una risa viciosa a la que temíamos —aunque hiciéramos todo lo posible por provocarla—, que hacía que nos sacudiéramos y retorciéramos en convulsiones orgiásticas hasta dejarnos vacíos y exhaustos, como tras algún desmadre.

Me pareció que en ese instante esperábamos a que se desatara. Creí verla al acecho en los ojos de Tania. Pensé que su color gris y verde claro ya se había colmado de ella. Sin embargo la risa no se desató; nos examinamos casi con hostilidad, dispuesto cada cual a dejarse llevar por el otro si uno de los dos daba la menor señal, pero ninguno se mostró dispuesto a darla. Entonces Tania volvió a girar la cabeza al frente con un gesto arrogante, y su voz sonó insólitamente autoritaria cuando dijo:

—¡Vete! ¡Quiero quedarme sola!

Yo, sin embargo, quise actuar con perfidia.

—Te complace imaginar que se ha disparado por eso.

—¡Vete! —repitió ella.

—Enseguida —dije con maliciosa perseverancia—. Sólo quiero que lo imagines en serio: imagina que alguien se pega un tiro porque aquellos a los que ama han acabado pareciéndose. Es así como un tema se vuelve verdaderamente literario, ¿no te parece? Y otra cosa que me gustaría saber es si eso, aún, es un acto de amor. ¿O crees que se mató porque se dio cuenta de que nos avergonzábamos?

Una vez más Tania volvió la cabeza hacia mí, esta vez, inequívocamente, llena de ira.

—Nunca sabes cuándo es el momento oportuno para callar.

—¿Quizás en el momento en que tú dejas de pensar?

—Exacto, justo entonces —dijo, volviéndose otra vez hacia el difunto.

Como estábamos callados, el silencio se cernía sobre nosotros como la imagen sonora de un caleidoscopio, sólo atravesado por el zumbido taladrante de la mosca, que ahora bailoteaba pegada al techo y tejía sus lazos en las suaves bocanadas de humo dorado que los cirios exhalaban sin cesar hacia el quebradizo revoque que cubría el estucado del techo. El calor parecía excitarla, o quizás la excitara también ese olorcillo dulzón de lo putrefacto que empezaba a emanar del cuerpo del tío Serguéi, «tibiamente venenoso como una nana cantada por una madrastra». Ebria, la mosca se lanzaba en pos de su negra sombra con una trayectoria de vuelo presurosa y opaca, y se fundía con ella con la vibración de una cuerda partida de pronto, amortiguada por una mano que la atenúa, con un golpe seco y breve que ponderaba su peso como en una balanza, hasta hacerla rebotar como una pelota del tamaño de un punto. Entonces la mosca desistió. Con un audaz y zigzagueante arabesco, semejante al intrépido inicio de una rúbrica artificiosa y egocéntrica, se lanzó hacia abajo en una espiral que fue descendiendo hasta acercarse a la vidriosa ranura del ojo del tío Serguéi, para luego elevarse otra vez hasta el ramillete de luz de las velas. Antes de que pudiera llegar hasta él, le lancé un golpe con la mano abierta.

No esperaba haber acertado; por eso no cerré el puño cuando la sentí bajo mi palma, grasienta y frágil, rebosante de toda suerte de jugos viscosos. Asqueado, retiré la mano inmediatamente después del golpe, pero había puesto tanta rabia en ese gesto como para derribar al suelo a aquel gordo bicharraco. La mosca chocó contra el suelo en alguna parte en la oscuridad; fue un golpe seco, y, por lo que pudo oírse, empezó de inmediato a girar en círculos, tumbada bocarriba, ahora con su tono de barítono estival una escala más clara y aguda, un tono que de pronto se quedó en una tonalidad baja y contenida, como el maligno rumor de una protesta. Y aunque tanteé con el pie un par de veces, a ciegas, con el firme propósito de aplastarla, no lo conseguí. Oí entonces cómo la mosca se daba la vuelta. Hubo un instante de silencio, y sentí cómo aquel bicho se alejaba

sin rumbo, perturbado, aturdido por lo incomprensible, a lo que nada podría oponer salvo la impotente voluntad de fuga de su ala magullada. Probablemente intentara sacudirse de encima aquella fragilidad translúcida con una huida, presa de una impaciencia agitada que la haría temblar, mientras sus negras patas de insecto vibraban bajo las reverberaciones de la energía que ella misma intentaba bombear a sus nervaduras, en un vano intento de tensar de nuevo las iridiscentes cutículas quitinosas de sus alas. Poco después, sin embargo, arrastrada por su trepidante afán —por esa simple y ferviente encarnación de la voluntad de vivir, ahora transformada en una criatura del tamaño de una lenteja—, la mosca se alzó de nuevo por las paredes de lino del improvisado catafalco, avanzando, entre zumbidos, hacia una triunfal resurrección en la aureola de las velas, henchida, rebosante, con destellos verdosos y rojos de rubí en su negro laqueado, arrastrada fervorosamente hacia arriba por el hilo de su voz, volando cada vez más rápido, subiéndolo cada vez más alto, más efusivamente atraída por el tibio y dulce efluvio de lo putrefacto, hasta que su gruesa cabeza chocó de nuevo contra el techo de la habitación.

En ese instante sentí náuseas y salí.

La puerta de acceso a la escalera estaba abierta de par en par, pero alguien había revestido el marco con una tela negra, cuyas bandas plisadas, al final, caían unas sobre otras como en la entrada de una carpa. Me deslicé por entre aquellos trapos de olores polvorientos y me quedé al otro lado, en el recibidor, donde todo permanecía a oscuras. No había cortinas en el interior, pero las contraventanas estaban cerradas por fuera, y a través de las grietas abiertas en la madera, anchas como el dedo de una mano —una madera carcomida, pintada por fuera de un color verde descolorido, y por dentro de un blanco hacía tiempo amarillento—, se colaba la luz del sol en franjas oblicuas, casi palpables por lo compactas, inmóviles y superpuestas en una serie consecutiva, atravesadas por la danza del polvo, cuyas bases, del ancho de una cinta, dibujaban en el suelo el patrón de rayas de una cebra. Aquellas franjas de luz iban migrando

con las horas, que ya no contaban allí, cual manecillas de un tiempo del que nuestra casa se había distanciado, una casa devenida extraña, que ya no era la nuestra. Con paso incomprendible, nos había ido dejando atrás, adentrándose en una dimensión distinta del tiempo, en un espacio-tiempo dislocado, fuera de todo lo cotidiano mensurable, aunque también nosotros le perteneciéramos de un modo extraño, sin formar parte de ella, a pesar de la presencia allí de nuestros cuerpos. Sólo un eco de nosotros estaba allí presente, algo ya desligado de nosotros. Vivíamos allí, ciertamente, pero de un modo abstracto, como leyendas, como criaturas de una infancia a la que nos habíamos sustraído mientras crecíamos, como recuerdo de nosotros mismos. Pertenecíamos aún a aquella casa, al igual que pertenecía el tío Serguéi, ahora muerto, convertido por fin en una leyenda, aun cuando estuviera allí tan presente, físicamente, sobre la mesa de billar, a despecho de que sólo sería enterrado un día después, cuando empezaría a disolverse lentamente en la tierra hasta llegar a ser sólo un recuerdo, un recuerdo literario: el personaje de nuestras narraciones.

Me acerqué a una de esas cascadas de luz que parecían recortadas por una gran tijera, sustraídas a aquel recinto oscuro, e introduje mi mano en ella, una mano todavía impregnada por el asco causado por la mosca. También esa mano se había desligado de mí, ya no formaba parte de mi cuerpo, flotaba de repente de un modo autónomo, para sí; una mano adolescente a punto de convertirse en mano de hombre, viva y expresiva, pero viva sólo para sí misma, expresiva sólo para sí. Pensé que mi ser más hondo estaba encerrado todavía en esa mano destinada a satisfacer el sueño de mi vida, la mano de un artista, la que me reportaría gloria y honores. Pero ella ya nada tenía que ver conmigo, era sólo una mano independiente, dueña y señora de sí misma, no ya mi mano. La observé con atención. Sobre el relieve de los tendones bien marcados en el dorso serpenteaba el retículo de unas venas de color azul pálido, hinchadas venas de las que tan orgulloso había estado en secreto cuando aquélla era todavía mi mano, una de esas manos

calificadas de «nervudas» que me había proporcionado confianza al ver sobresalir en ella, en la mano mi infancia, esas venas; la seguridad de una fuerza y una destreza crecientes, y con ellas la sensación de independencia, de libertad. Me proponía ejercitarla para alcanzar la más acabada destreza artística, habilidades extraordinarias, la perfección que me eximiría del tormento de ser parte adocenada del resto. Ahora sólo se manifestaba en ella la independencia de la mano en sí; objeto de anatómica autonomía, algo perteneciente, en exclusiva, a un organismo que ya nada tenía en común conmigo: la singular constitución física de un ser vivo, con sus propias ataduras y su propia libertad.

Moví la mano que ya no me pertenecía, la hice girar, regodearse en aquel baño de luz blanca; puse a jugar los dedos, esa milagrosa conjugación de miembros y articulaciones, de músculos, tendones y nervios que parecían obedecer a una voluntad propia, perseguir intenciones privadas desconocidas. Aquella mano estaba viva de un modo inquietante, sensual, sensible. La rodeaba la silenciosa danza luminosa de las partículas de polvo que, delicadamente alborotadas por el calor de la piel que la envolvía, se alzaban y descendían a su alrededor, rondándola con destellos ingrátidos que se iluminaban por un instante para retornar luego, presurosas, a su danza en las tinieblas, como un homenaje que realizaba con dignidad lo significativo de ese momento único, lo que estaba vivo allí y ahora, vivo para sí, que era lo que esa mano representaba. Un acontecimiento equiparable al instante en el que un dragón aparece delante de su cueva. Y ya nada en ella hablaba de mí. Esa mano, que en el fondo debía ser el más vivo testimonio de mi esencia, más elocuente que mi mirada, más locuaz que mi boca, más expresiva que cualquier gesto mío, verdadera traducción de mi ser, la más perfecta servidora de mi voluntad, se expresaba sólo a sí misma, sin pronunciar una sílaba sobre mí. Yo ya no existía, no pertenecía a la realidad de esa luz en la que ella flotaba. Estaba en un más allá: en una monstruosa oscuridad desde la cual las existencias parpadeaban sólo un

instante, como las miríadas de partículas de polvo en el aire atravesado por las ráfagas de sol; el espacio en el que ese extraño fragmento de anatomía animada se adentraría de nuevo cuando yo la retirara de la franja luminosa. Borrado quedaría el carácter de acontecimiento único de esa mano, ahora devenida un animal independiente, mitad reptil, mitad pólipo; borrada quedaría la vivacidad repulsiva de sus movimientos, que lo tanteaban y lo absorbían todo, de su obsesión con un yo situado entre la avidez y la huida; borrada, asimismo, quedaría la imperiosa y apremiante voluntad de su cuerpo, tan repulsivo al tocarlo, probablemente, como el roce con la mosca, cuyo recuerdo perduraba aún en su superficie.

La detuve un momento y me la imaginé muerta, encerrada como las manos cruzadas a la fuerza del tío Serguéi. La piel cobraba la consistencia del cuero, empezaba a arrugarse y a encrespase sobre los tejidos musculares en descomposición, hasta que ese proceso corrosivo se tragaba sus jugos vitales y alcanzaba también la urdimbre de tendones y venas, de ligamentos que cruzan las articulaciones, llegando luego a los huesos. Mientras tanto, el tejido córneo de las uñas seguía creciendo hasta quedar sin alimento, para, más tarde, corromperse también. Lo vi todo con suma claridad: el asco que me provocaba la disolución de mi cuerpo, reducido a distintos tipos de estiércol, no fue más violento que la posibilidad de palpar la vida en su estado puro, rebosante de savia. Era más bien al contrario: había, en esa descomposición, una callada dignidad, una dignidad de la que carecía la vida, con todas sus codicias y sus angustias. En ese instante deseé que Tania estuviera a mi lado. Habría querido compartir con ella lo que pensaba. Oí ladrar a los perros en el exterior. Alguien llegaba a la casa. Entonces retiré la mano y la traje de nuevo hacia la penumbra.

Al pie de la escalera la puerta se abrió. En medio del brillante prisma de luz natural que entró en la casa de repente apareció, de espaldas, la figura torpe y envuelta en negro de una mujer a la que no conocía, una mujer que llevaba en la

mano un objeto voluminoso. Lo mantenía bien apretado contra su cuerpo, envuelto en un paño del mismo color que el que llevaba alrededor de la cabeza y los hombros y que la cubría hasta bien debajo de la nariz. Con torpes inclinaciones y haciendo uso de ese objeto, intentó espantar a los perros que la rodearon con sus gañidos, ansiosos por que los dejara entrar. Le costaba sostener lo que llevaba oculto bajo la tela; sus gestos eran como los de un oso y sólo conseguían que los perros se enfurecieran aun más. Pero éstos estaban demasiado bien enseñados como para agredirla en serio. Cuando la encapuchada traspasó el umbral, se quedaron detrás, protestando, y los ladridos se quedaron atascados en sus gargantas estiradas, transformándose en un lamento, mientras que sus colas lisas se movían de un lado a otro como péndulos de un metrónomo. Al cerrarse la puerta, regresó la oscuridad.

La anciana subió las escaleras. Era una de las encargadas de lavar y vestir al difunto, una de esas mujeres que recorrían la casa desde el día anterior con una laboriosidad silenciosa y ensayada con precisión, que habían aparecido sin que nadie las llamara, sin que nadie supiera tampoco de dónde venían, aunque probablemente vinieran de las aldeas vecinas. Tenían que haber salido de sus casas en el instante en que la bala salió del cañón de la pistola del tío Serguéi y se alojó en su sien; de lo contrario, no habrían podido llegar a tiempo. Sin preguntar ni esperar instrucciones de nadie, se habían puesto manos a la obra, mudas bajo las estolas negras que cubrían sus cabezas a la manera de las beduinas. A veces cuchicheaban algo entre ellas, sólo palabras aisladas para ponerse de acuerdo sobre lo que ya estaba hecho o lo que estaba por hacer. Por lo visto conocían cada rincón de la casa y probablemente supieran, desde nuestro nacimiento, dónde estaba lista la mortaja para cada uno de nosotros. Habían lavado y vendado al tío Serguéi, le habían pintado las mejillas y cruzado las manos a la fuerza. Con nosotros procederían de un modo similar, con delicadeza y cuidados maternos, tal vez la forma más pura de amor entre seres humanos.

Para conmemorar el centenario del nacimiento de Gregor von Rezzori, Sexto Piso publica en este volumen tres relatos largos, hasta ahora inéditos en español. Si bien estas narraciones se sitúan en lugares y épocas diversos, guardan en común una característica identificable en toda la obra de Rezzori: una gran capacidad para plasmar y fijar los instantes decisivos que definen la existencia de sus personajes y de las sociedades que habitan.

Cuando un joven aristócrata de las postrimerías del imperio austrohúngaro se enfrenta a un cisne feroz que asesina a todas las aves de sus dominios, lo hace para preservar su estatuto señorial ante los campesinos –y también para impresionar a la hermana que desata todo tipo de pasiones incestuosas–. Con gran maestría, Rezzori hace confluír el paso a la edad adulta con el ocaso de una época cuya solemnidad se muestra ya ridícula, como si estuviera a la espera de que la historia llegara para arrasarla de una vez por todas.

En el cuento que da título a este volumen encontramos a un tallador de esculturas de la Virgen que lleva una vida de ermitaño al borde de un vertiginoso acantilado. Con un tono narrativo que mezcla el relato policíaco con la angustia existencial que entraña la creación artística, y que combina lo erótico con lo grotesco, cierto humor negro con una sugerente atmósfera onírica, el escultor pasa sus días atormentándose con el recuerdo de una pintora brutalmente asesinada, y se debate entre sus vanos esfuerzos por encontrar al culpable del crimen o seguir manteniendo sus discusiones mentales con la difunta, a quien intenta convencer, incluso más allá de la tumba, del valor artístico de sus tallas. En la historia que cierra el libro, el hijo de un militar y una reputada diseñadora italiana, acostumbrado al lujo y a la disipación, y que vive bajo el ala materna, conocerá a una joven radical de izquierdas que provocará un vuelco en su existencia, con consecuencias imprevistas.

Estos cuentos pueden leerse como distintas señales de autodesprecio de sociedades e individuos que se sienten en falta frente a su propio destino y que inevitablemente se sumen en un agujero más profundo conforme buscan la salida. Con su escritura elegante y precisa, Rezzori hace estallar frente a nuestros ojos mundos enteros que de pronto se tornan antiguos, dejando a sus lectores la tarea de recoger los hermosos fragmentos que consignan el tránsito entre épocas.

